

DOMINGO 11 DURANTE EL AÑO



"Gratis lo recibisteis, dadlo gratis" — Mateo 10,8

Las tres lecturas forman un tríptico teológico que se articula en torno a un principio único: la gratuidad como origen, fundamento y dinamismo de toda acción cristiana. Esta estructura refleja la lógica cristiana fundamental: del don recibido brota el don entregado. No hay misión sin experiencia previa de haber sido amado. No hay anuncio auténtico sin quien se sabe, primero, destinatario de una gracia inmerecida.

1. La Gratuidad — Concepto articulador: Es el hilo conductor de las tres lecturas. En el Éxodo, Dios elige a un pueblo sin méritos. En Romanos, Cristo muere por pecadores, no por justos. En Mateo, la misión se entrega sin precio: «gratis lo recibisteis, dadlo gratis». La gratuidad no es una cualidad más de Dios; es su modo de ser y actuar en la historia.

2. La Alianza — Identidad desde el don: El texto del Éxodo presenta la Alianza no como contrato sino como declaración de amor. Dios no dice «si merecéis, os amaré»; dice «os he llevado sobre alas de águila y os he traído a mí». La identidad del pueblo nace del amor previo de Dios, no de sus propios méritos. Pertenecer a Dios es signo de dignidad, no de esclavitud.

3. La Reconciliación — Amor que no espera: Pablo en Romanos rompe toda lógica de mérito: Cristo murió por los impíos cuando aún éramos débiles, pecadores, enemigos. La reconciliación no es el punto de llegada de nuestra conversión, sino su punto de partida. Dios no espera que cambiemos para amarnos; nos amó primero para que fuéramos capaces de cambiar.

4. La Compasión — Mirada que transforma: El verbo griego «splagnízomai» (conmoverse en las entrañas) describe la mirada de Jesús sobre las multitudes. No es un sentimiento pasajero: es su modo de ver, de vivir, de encarnar la misericordia del Padre. Esta compasión no se queda en emoción; genera misión. Jesús no solo siente: envía.

5. La Misión — Don que se multiplica: Los Doce son enviados como extensión de la compasión de Jesús. Su autoridad no es para dominar sino para curar, liberar, resucitar. La misión cristiana no es propaganda religiosa ni imposición cultural; es contagio de vida, gratuidad que se comunica, amor que se derrama sin calcular el retorno.

«Todo comienza con un don, y ese don exige una respuesta: vivir desde la gratuidad y comunicarla al mundo»

El mensaje central de este domingo puede formularse así: somos amados sin merecer, reconciliados sin pedirlo, enviados sin poder propio. La identidad cristiana no es una conquista, es una respuesta. Y esa respuesta tiene un nombre: misión gratuita.

El error que debemos superar: Vivimos en una cultura del rendimiento donde el valor de las personas se mide por su utilidad, su imagen o su productividad. Esta lógica ha contaminado también la vivencia religiosa: convertimos la fe en cálculo, la oración en negociación, el servicio en mérito. El Evangelio rompe radicalmente esta lógica.

La novedad que propone el texto: Dios no espera que seamos perfectos para amarnos. Nos amó siendo pecadores (Romanos). Nos liberó siendo esclavos (Éxodo). Nos envía siendo frágiles (Mateo). Esta secuencia nos libera de la trampa del perfeccionismo y nos lanza a una misión posible: ser testigos, no superhéroes.

La motivación que nos sostiene

Solo quien se sabe amado sin condiciones puede amar sin exigir. Solo quien ha experimentado la gratuidad puede entregarla. La misión no nace del deber, sino de la gratitud. No somos enviados porque tengamos que serlo, sino porque hemos sido transformados por un amor que no podemos guardar para nosotros.

Esta es la propuesta motivadora del texto: pasar de la religión del mérito a la espiritualidad del don. Del cristiano que cumple normas al discípulo que contagia vida. De la Iglesia que administra sacramentos a la comunidad que irradia compasión.

«El amor que se hace misión»: Hay una lógica en la acción de Dios que los textos de este domingo nos revelan con claridad asombrosa: todo comienza con un don. No con una exigencia, no con un mérito, no con una condición cumplida. Con un don.

El pueblo que salió de Egipto no salió convertido ni purificado. Salió asustado, confundido, con el corazón todavía lleno de servidumbre. Y fue precisamente en ese desierto de incertidumbre donde Dios habló. No para reclamar, sino para declarar: «Os he llevado sobre alas de águila y os he traído a mí». Antes de cualquier precepto, antes de cualquier ley, estaba ya el amor gratuito que libera.

Pablo lo confirma en su carta a los Romanos con una de las afirmaciones más desconcertantes de todo el Nuevo Testamento: «Cristo murió por los impíos». No por los justos. No por los que ya se habían convertido. Por los impíos. Por los débiles. Por nosotros, cuando todavía éramos enemigos. Este amor, que no espera reciprocidad ni busca garantías, es el fundamento de toda esperanza cristiana. Si Dios nos amó cuando éramos enemigos, ¿qué no hará ahora que somos hijos?

Y ese amor, recibido sin merecer, no puede quedarse encerrado. Jesús lo sabía. Cuando miraba a las multitudes cansadas, abandonadas, sin rumbo, su interior se estremecía. El evangelista usa un verbo que habla del temblor de las entrañas maternas: «splagnízomai». No es compasión como sentimiento decorativo. Es conmoción que genera acción. Por eso envía a los Doce: no con discursos ni con poder, sino con autoridad para curar, para aliviar, para liberar.

El mandato es tan claro como exigente: «Gratis lo recibisteis, dadlo gratis». La gratuidad no es una virtud opcional para los más generosos. Es la marca del discípulo. Es la firma que identifica al seguidor de Jesús en medio de un mundo donde todo tiene precio y todo se negocia.

Hoy, como entonces, hay multitudes cansadas. Personas agotadas por la prisa, heridas por relaciones rotas, desorientadas en un mundo que les ofrece todo menos sentido. La mies sigue siendo abundante. Los obreros siguen siendo pocos. Y la invitación sigue siendo la misma: sal de tu mundo, mira como miraba Jesús, déjate conmover, y ve.

«No podemos decir que seguimos a Cristo si permanecemos indiferentes ante el sufrimiento de los demás»

Este domingo nos pregunta en lo más hondo: ¿vivo desde la gratuidad o sigo poniendo precio al amor? ¿Miro a los demás como problemas a evitar o como personas que amar? ¿Soy testigo del Resucitado en mi entorno cotidiano o guardo la fe como un tesoro privado?

La respuesta no la da el texto. La da la vida. Pero el texto nos recuerda que esa respuesta ya tiene su origen en el amor inmerecido con que hemos sido amados. Todo lo que podamos dar, ya nos fue dado. Y lo que nos fue dado, nos fue dado gratis.

Ahora ... ¿qué haremos?

A partir de la motivación central del texto —vivir y dar desde la gratuidad— se proponen las siguientes conclusiones operativas para la vida personal, comunitaria y pastoral:

1. REVISAR LA IMAGEN DE DIOS que guía mi vida cotidiana

El primer paso operativo es personal y contemplativo: ¿desde qué imagen de Dios estoy viviendo? ¿Un Dios que exige y evalúa, o el Dios de Jesús que actúa primero, que libera antes de pedir? Esta revisión transforma la oración, la conciencia moral y la motivación para servir. Propuesta concreta: dedicar 10 minutos diarios durante una semana a leer despacio Romanos 5,6-11 y dejar que esa imagen reencuadre la jornada.

2. APRENDER A MIRAR COMO JESÚS en los ambientes cotidianos

Jesús veía a las personas, no a las masas. Veía el dolor escondido, la soledad disimulada, el cansancio del alma. Cultivar esa mirada compasiva es un ejercicio concreto y transformador. Propuesta: al finalizar el día, preguntarse: «¿A quién vi hoy realmente? ¿Con quién me detuve? ¿A quién pasé de largo sin escuchar?». Esta práctica forma el corazón misionero.

3. IDENTIFICAR MI 'MIES': el entorno cercano como campo de misión

La mies no está al otro lado del mundo, está en la familia, el trabajo, el barrio, la comunidad. Cada creyente tiene un entorno concreto donde hay personas cansadas y sin pastor. Propuesta comunitaria: en grupos pequeños o en familia, mapear juntos quiénes son las personas más vulnerables o solitarias del entorno inmediato y acordar gestos concretos de presencia y escucha.

4. PRACTICAR LA GRATUIDAD en gestos concretos y verificables

La gratuidad no es solo actitud interior; se encarna en acciones. Visitar a quien nadie visita, escuchar sin cobrar en atención, ayudar sin esperar reconocimiento, perdonar sin exigir explicaciones. Propuesta: asumir un compromiso concreto de servicio gratuito durante el mes, y compartirlo en comunidad para sostenerlo mutuamente.

5. ANUNCIAR SIN MIEDO la fe que da sentido y esperanza

Muchos creyentes viven su fe con «complejo de inferioridad» ante la cultura dominante. El texto nos desafía a ser testigos, no apologistas agresivos ni creyentes avergonzados. Propuesta: ejercitar en el entorno cotidiano la capacidad de hablar con serenidad y convicción sobre la propia experiencia de fe, no como argumento sino como testimonio vivo.

6. CONSTRUIR COMUNIDAD como pueblo sacerdotal y enviado

El pueblo cristiano es, en su conjunto, sacramento de salvación para el mundo. No solo los ministros ordenados. Todos los bautizados son mediadores. Propuesta comunitaria: diseñar un proyecto concreto de presencia en el entorno social —barrio, escuela, hospital, periferia— donde la comunidad se haga visible como signo del Reino que cura, libera y da esperanza.

PARA EL DISCERNIMIENTO PERSONAL

¿Estoy viviendo desde la gratuidad del amor recibido, o sigo poniendo precio al amor que doy?

¿Cuándo miro a los demás, veo problemas a evitar o personas que amar?

¿Soy testigo del Resucitado donde vivo, o guardo la fe como un tesoro privado?